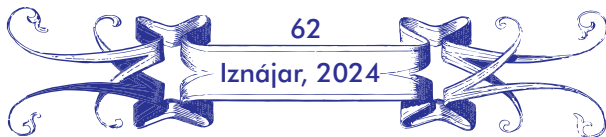




UN TRABAJO SENCILLO

Jon Cabrera Sáez



UN TRABAJO SENCILLO

JON CABRERA SÁEZ

62

—

2024

3

Un trabajo sencillo

*Imprime: Publicidad El Castillo
C/ 9 de junio de 1910, 2
14970 IZNÁJAR (Córdoba)
Telf. y Fax: 957 53 47 19
imprentaelcastillo@gmail.com
www.publicidadelcastillo.com*

Depósito legal: CO-762/2024

Miembros del Jurado
Segundo Premio de Relato Corto 2024
Categoría Absoluta
Ayuntamiento de Iznájar
Publicidad El Castillo

Antonia Gómez Vidal.
Salvador Ferreira Porras.
Virginia Jiménez Pareja.
Antonio Martos Muñoz.
Maribel Sancho Quintana.
Daniel Vázquez Barros.

—Quiero que localice al asesino de mi marido y lo traiga aquí, señor Hetfield. No me importa cómo lo consiga, solo quiero tenerlo ante mí para que pueda rendir cuentas.

La señora Burton no era de las que se andaban por las ramas. Apenas después de un protocolario “buenas tardes” ya había desvelado el motivo de mi visita. Acostumbrado a tratar con timadores y trampo-

sos que ocultaban mucho más de lo mostraban, se agradecía encontrar a alguien que llamara a las cosas por su nombre.

Cuando la señora Burton insistió en vernos en su mansión de Cold Heights, acepté sin rechistar. Mi oficina en Kennelhood que, dicho sea de paso, también me servía de apartamento, no era el escenario más adecuado si quería causar buena impresión. Desde que recibí su llamada supe que no sería un caso como los demás; nada de buscar malos pagadores o mujeres que han dejado a sus maridos. Al contrario de lo que pueda parecerle al cliente, esos tra-

bajos no tienen mérito alguno; el buscado siempre acaba volviendo, todo se reduce a que sea yo el primero que lo vea llegar.

El perfil de la señora Burton distaba mucho de ajustarse al del cliente tipo con el que había estado tratando desde que puse en marcha el negocio. La dirección que me proporcionó para nuestro primer encuentro estaba en las antípodas de los bajos fondos propios de mi oficio. Tampoco es en absoluto habitual que, en lugar del cliente en persona, sea un mayordomo impecablemente uniformado quien se encargue de recibirme.

Con toda la formalidad que cabía esperar, el sirviente me pidió el abrigo y me rogó que apagara el cigarrillo mientras me extendía, solícito, un cenicero. Por supuesto, accedí; también dejé en aquel recibidor cualquier atisbo de ironía y cuanto comentario mordaz se me pudiera ocurrir. Si quería que esa no fuera la única puerta que se me abriera en Cold Heights, tenía que hacer un esfuerzo por demostrar que sabía comportarme en esos ambientes.

Tuve que reprimir un gesto de sorpresa cuando entré en el salón en el que me estaba aguardando la señora Burton.

En esa estancia podían acomodarse holgadamente diez oficinas como la mía. No faltaba un detalle de cuanto se espera encontrar en el caserón de una familia de rancio abolengo: lámpara de araña, paredes adornadas con retratos de antepasados, muebles antiguos, alfombra kilométrica... y, en medio de la habitación, mi anfitriona, una anciana menuda, con expresión profundamente triste, pero con un porte que anunciaba una elegancia de las que no se aprenden. Estaba claro que no era la esposa de un nuevo rico, esa prestancia solo podía ser el resultado de generaciones sa-

biéndose mejor que el resto. Me esperaba, orgullosamente erguida, sentada en un sillón de esos con nombre de rey francés. Tomé asiento a su lado en una silla a juego y entonces me reveló en qué consistiría mi trabajo.

—Disculpe, señora Burton —dije haciendo acopio de todo el tacto del que era capaz—, pero, antes de entrar en detalles, me gustaría saber por qué recurre a mí.

—¿A qué se refiere?

—A que es evidente que este no es mi sitio. Los de Cold Heights... la gente co-

mo usted no tiene necesidad de recurrir a detectives como yo para arreglar sus asuntos. Suelen llamar a algún pez gordo amigo de la familia: el jefe de policía, el alcalde, tal vez el mismísimo gobernador...

—Ya he acudido antes a esos contactos que usted dice. Y ¿sabe qué?, su nombre ha salido a relucir en más de una ocasión.

—Vaya, no sé si sentirme halagado.

—Debería. Al parecer, conoce bien Kennelhood, ¿no es así?

—Así es. Antes de... establecerme por cuenta me moví por esos ambientes —

admití—. Debo añadir que no es algo de lo que me sienta especialmente orgulloso.

Por supuesto, no entré en detalles de los asuntos a los que me había dedicado. Después de la guerra decidí cambiar de vida y, aunque me costó tragar con encargos de esos que nadie quiere, al final conseguí lo que pocos: una carta de libertad de mis jefes, la oportunidad de labrarme un futuro lejos de barrio. Ya había resuelto algunos casos del tres al cuarto, pero ahora llegaba la llamada de esa señora ofreciéndome un trabajo que haría que mi carrera despegara.

—Precisamente esa experiencia suya es la que ha hecho que le llame. El cuerpo de mi marido apareció en un callejón de ese barrio. Pero, ¿dónde están mis modales? —dijo dirigiendo su atención a una mesita auxiliar sobre la que se encontraba, impecablemente dispuesto, un juego de porcelana—, no le he ofrecido una taza de té.

Solo la necesidad de mantener una cordial compostura me hizo aceptar ese brebaje que odio con todas mis fuerzas y que solo logré acabar a fuerza de tragos cortos y mucho azúcar mientras la señora

Burton desgranaba los antecedentes del caso.

—Mi marido y yo veníamos de mundos muy distintos: el apellido Burton ya era respetado en el viejo continente. Si allí teníamos títulos, fue en América donde hicimos fortuna. Él no era más que un empleado en una de nuestras empresas. Como podrá suponer, nuestro compromiso supuso un pequeño escándalo. Mi padre, tan tradicional como era, sintió que su mundo se desmoronaba. Al fin y al cabo, yo era su única hija, la portadora del legado familiar que aquel intruso amenazaba. Al

final cedió y le dio a mi marido un cargo simbólico en su fundación, lo justo para mantenerle vigilado.

» Al principio, nuestros amigos murmuraban; más tarde lo asumieron como una de mis excentricidades, aunque nunca admitieron a mi marido como uno de ellos. Faltaría más.

» Pero le aseguro que no se casó conmigo por mi dinero. Puede usted creerme cuando le digo que fuimos un matrimonio feliz durante muchos años. Los dos tuvimos nuestros escauceos. Casi cuarenta años de matrimonio es normal, pero siem-

pre fuimos lo bastante discretos como para no dar que hablar.

» Oh, no se escandalice, señor Hetfield —exclamó, divertida, cuando vio mi extrañeza—. No sea ingenuo, las bajas pasiones también tienen su predicamento en las clases altas, siempre que no den pie a habladurías, por supuesto.

» Hasta que los niños crecieron. El pobre Cliff, mi pequeño, no volvió de la guerra, se quedó en Europa para siempre, con sus antepasados —dijo sin que notara signo alguno de emoción en su voz—. Los otros dos están cada uno en un estado, les

va bien. Entonces nos quedamos solos y él, que nunca se había sentido a gusto en este ambiente, decidió buscar nuevas compañías y comenzó a frecuentar Kennelhood. Desde ese momento nos distanciamos para siempre. Al principio eran escapadas esporádicas, luego más frecuentes, se pasaba días sin aparecer por aquí. Los ingresos de mi marido no eran demasiado cuantiosos, ya se encargó mi padre de dejar eso bien atado. Yo tampoco le daba dinero, no iba a permitir que un solo centavo de la fortuna de mi familia se perdiera en tugurios y mujerzuelas.

» Supongo —remató con un suspiro— que pidió dinero a las personas equivocadas, quizá algún marido celoso... ni lo sé ni me importa. Solo quiero que me traiga al responsable para que me ocupe de él.

En seguida me vino a la cabeza la imagen de aquella delicada anciana asesinando a sangre fría a aquel a quien yo le llevara. No sería una forma violenta, nada de armas de fuego, ni blancas. Seguro que recurriría a algún tipo de veneno. Esa es la forma de matar de mujeres y nobles. Y la señora Burton era ambas cosas. Aun así, había algo que no me cuadraba.

—Afirma que su matrimonio no pasaba por su mejor momento.

—No nos dirigíamos la palabra desde hacía meses.

—Y, sin embargo, está dispuesta a recurrir a un investigador para, si no me equivoco, y disculpe que sea tan directo, poder matar personalmente al asesino de su esposo.

—No se equivoca en absoluto. Una cosa es que ya no quisiera a mi marido, señor Hetfield, y otra muy distinta que permita que me lo arrebaten sin pagar las consecuencias. No se preocupe por la parte

que le toca, le aseguro que será un trabajo sencillo.

—Muy bien —dije tratando de adoptar una actitud lo más profesional posible—. Pongámonos con ello entonces. Para empezar, debo saber en qué lugar exactamente encontraron el cuerpo del señor Burton.

—¿El señor Burton, dice usted? — interrumpió con una leve sonrisa—. Oh, no, por supuesto. Como ya le he dicho, mía es la responsabilidad de mantener el legado de la familia. No podía renunciar a mi apellido cuando nos casamos. Yo soy la

señora Burton. Él, en realidad, se llamaba Newsted, Robert Newsted.

Inmediatamente traté de incorporarme, pero las manos del mayordomo sobre mis hombros lo impidieron sin esfuerzo aparente. Sentí entonces que perdía el control sobre mi cuerpo y que el sillón me atrapaba sin remedio.

Supe entonces que el caso ya estaba resuelto y que, como imaginaba, la señora Burton había recurrido al veneno para cobrarse su venganza.

Ella permanecía erguida, imperturbable, mientras una bruma blanca se apo-

deraba de mi campo visual. Quise decirle que no fue nada personal, solo ese último trabajo que me permitiría comenzar una nueva vida; que había sido traicionado por los mismos que ordenaron la muerte de su esposo; que no sufrió...

Quise pedirle perdón.

Pero ya era demasiado tarde.

